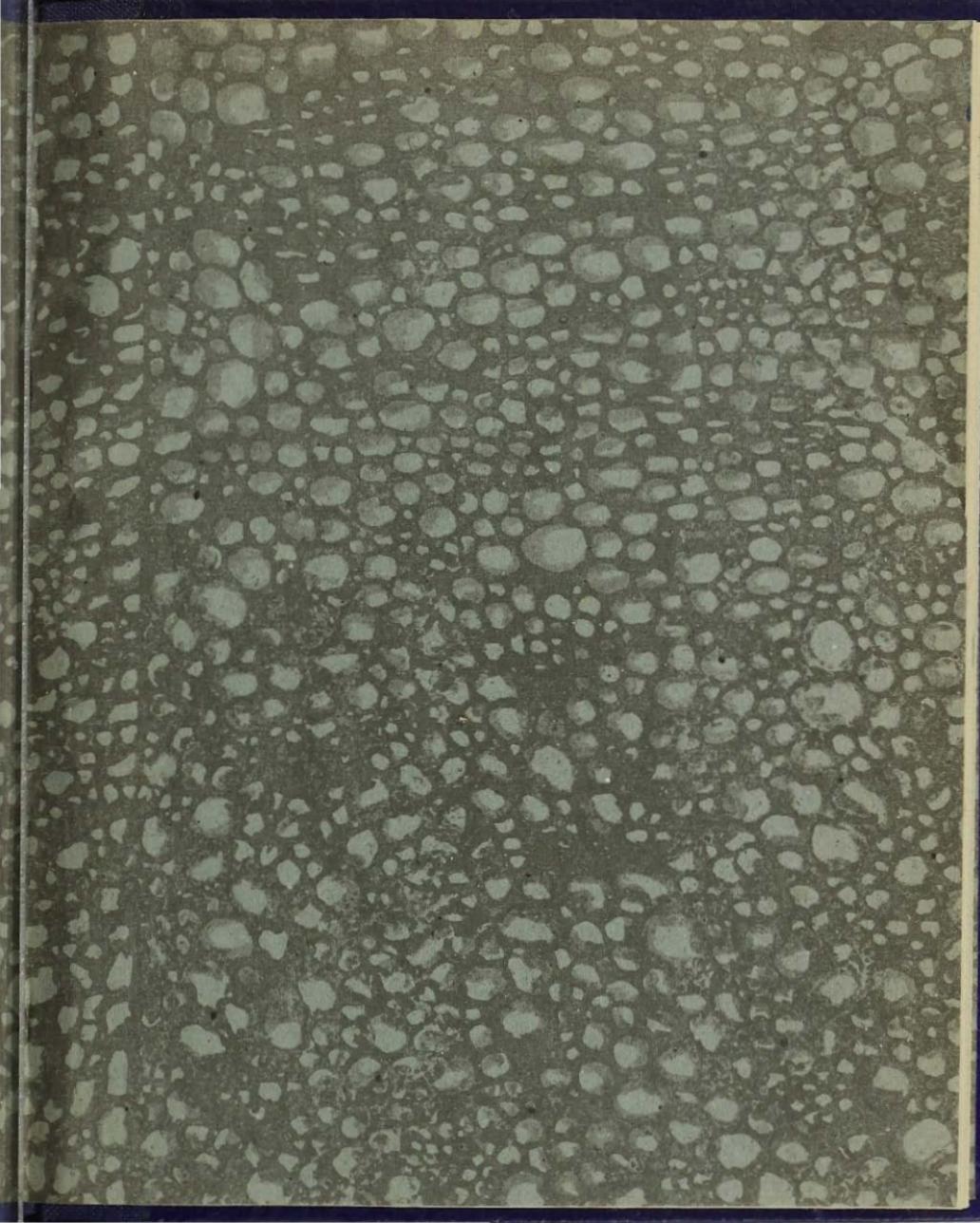


MONTERREY
Librería Anticuaria
de Galicia
G. Aranda, 18-Tel. 16843
VIGO



M. 14664

n 7/101

Folleto de «LA JUSTICIA.»

Ala

ELLA, SU PADRE Y YO.

CUENTO

POR

D. Indalecio Armesto.



PONTEVEDRA:

Imprenta de Rogelio Quintans, Contitucion 24.

1887.

R. 14 660

Folleto de LA JUSTICIA.

ELLA, SU PADRE Y YO

QUINTO

1901

D. Eulalio Armada



PORTAVILA

Impreso en el Taller de Eulalio Armada, Calle de la Justicia, 14

1901

R/370

ELLA, SU PADRE Y YO.

ELLA, SU PADRE Y YO.

AL LA SEÑORITA DOÑA CARMEN BABIANO

Solo el nombre de una persona que como V. posee en alto grado el sentimiento y la inteligencia del arte, puede servir de invulnerable escudo á estas páginas que tiene la honra de dedicarle su más sincero admirador,

Indalecio Armesto.

Pontevedra 28 de Setiembre de 1878.

En una hermosa casita de campo inmediata á esta ciudad, que algunos talentos aficionadas á la hipérbole han dado en llamar la Atenas de Galicia, vivia no hace muchos años, un respetable anciano de mediana estatura, rostro pálido, frente espaciosa y melancólica mirada, el cual, retirado del enojoso bullicio del mundo; consagraba su vida entera al estudio de las ciencias, sin descuidar por eso la educacion de una hija que el cielo le habia concedido en edad algo avanzada.

Era aquel hombre singular, un pensador independiente que, buscando con afan la uni-

dad de los conocimientos humanos, se habia elevado poco á poco á las mas altas y oscuras regiones de la ciencia. Su palabra, de ordinario difícil é incorrecta, era fácil, enérgica, clara y exacta cuando discutia alguno de los grandes problemas que interesan á la humanidad; y su mirada, triste y apagada siempre, adquiria en esos momentos de entusiasmo, la expresion del más profundo convencimiento. Entonces, la luz de la inteligencia brillaba como un relámpago en aquellos ojos verdes y rasgados que miraban hácia adentro, y que un instante despues aparecian sepultados en el crepúsculo de su eterna melancolia. ¡Cuántas tristezas, cuántas noches de insomnio y cuántos dolores ignorados del vulgo, revelaban los surcos horizontales de su frente y la amarga sonrisa que de vez en cuando plegaba las extremidades de sus ya descoloridos labios!

Su hija, huérfana de madre desde la infancia, contaba apenas 20 años y se distinguia ya por su ingenio y su instruccion. Era alta y delgada como una palma, de tez morena, ancha frente y nariz cimbrada como la del Dante. No poseia, en verdad, la belleza física que tanto envanece á las mujeres, pero estaba adornada de la belleza moral, que tanto ad-

miran los hombres; y su padre, que la amaba hasta el punto de verter lágrimas cuando notaba sus imperfecciones, con frecuencia decía para consolarla y consolarse:

—La verdad mas profunda que han dicho los hombres, hija mia, está contenida en esta divina frase del gran filósofo de Alejandria: *La virtud es mas bella y mas refulgente que el lucero de la mañana*. La hermosura del cuerpo desaparece como el relámpago en la tenebrosa inmensidad del espacio sin dejar un recuerdo siquiera de su existencia; pero la belleza del alma no desaparece nunca porque es eterna como Dios.

Ante el deseo de consolar á su hija, el afligido padre sacrificaba indirectamente sus mas profundas convicciones filosóficas, y no vacilaba en recurrir, de vez en cuando, á esa enfadosa hojarasca de los poetas vulgares, que nada dice á la inteligencia ni satisface siquiera la imaginacion. ¡Hasta que punto desciende el génio cuando el amor le domina rompiendo su armónica unidad!... Aquel hombre superior que sabia esperar tranquilo como un estóico las mas terribles desgracias de la vida; que habia recogido el último aliento de su esposa sin derramar una lágrima, suspiraba como un niño ante el mas ligero disgusto de

aquella hija á quien suponía constantemente al borde del sepúlcro.

¡Cuantas veces le he oido exclamationes con voz ahogada por el dolor:

— No lo dudes, amigo mio: la tristeza infinita está en la vida del anciano que ha visto morir á su único hijo!..

Exceptuados estos momentos de angustia que el generoso anciano devoraba en silencio, todo era paz y amor en aquella casa que se presentaba á mis ojos como un verdadero templo elevado á la ciencia.

Protegidos por la mano cariñosa de su padre, que nos prodigaba los mas esquisitos cuidados, Sofia y yo habiamos crecido juntos desde la infancia; pero confieso ingenuamente que al lado de aquella niña tan débil y tan poco favorecida por la Naturaleza, jamás mi corazón habia sentido las vâgas inquietudes del amor. Cada una de sus miradas, dulces como las del divino Jesús, encerraba un idilio que el experimentado anciano sabia leer en su alma: para mi, jóven inverte y aturdido, nada significaban. Pero los años corrieron, y á una tarde del mes de Mayo de 184... cuyo del recuerdo he conservado siempre vivo en mi memoria, debo, lector, mi fortuna, mis hijos, mi virtud y mi felicidad presente.

¡Qué hermosa tarde aquella!... Ni una nube empañaba el claro azul del cielo, y allá del medio día, llegaba de vez en cuando una perfumada brisa que al agitar las copas de los árboles, traía á la memoria aquellos versos de Arolas; *Los pinos son las copas del desierto*. El sol, próximo á hundirse en el Océano derramaba sobre la tierra una luz anaranjada que se reflejaba en los cristales de las ventanas haciéndolos brillar á lo lejos como pedazos de latón candente: avanzaba el pequeño puerto de Marin sobre la orilla izquierda del mar como un grupo de blancas gaviotas dormidas sobre las aguas, y en frente la sombría isla de Tambo, medio velada por los bosques de pinos que cubren las colinas de Lourido, alzaba su frente de piedra como un horrible sarcasmo que la ley de los contrastes había arrojado en medio de aquella rica vegetación.

Multitud de lanchas pescadoras que á toda vela cruzaban el horizonte, parecían nevados copos de espuma flotando sobre un piélago de fuego; y allá en los confines del valle, cerca del río que por oriente le baña, prolongaban los *álamos alpinos* sus fantásticas sombras hasta morir truncadas al pie de la ladera. Sofia, su padre y yo contemplamos

en silencio aquel divino cuadro que la naturaleza nos ofrecia, hasta que, dominado por una fuerza interna superior é mi voluntad,

—Sublime me ha parecido siempre el pincel de Claudio de Lorena,—exclamé,—pero ante la naturaleza ¡que pobre es el arte!...

—Eso dicen algunos inteligentes:—replicó el anciano dirigiéndeme una afectuosa mirada,—y sin embargo,—continuó,—el arte es una de las mas elevadas manifestaciones del espíritu, y el espíritu, que es la razon y la libertad absolutas, supera á la naturaleza.

—En todo aquello que es propio del pensamiento.—dije,—no cabe duda; pero existe algo que pertenece á la realidad y que el hombre no puede crear.

—Innudablemente!—esclamó Sofia sonriendo.—El espíritu, como tal, no puede crear la realidad sensible: *materia, luz, sonido movimiento*; pero estos elementos necesarios están subordinados á *un algo superior* que constituye el fin inmediato del arte, y que no encontrarás nunca depurado en la realidad. La Naturaleza tiende constantemente á la perfeccion; pero es indudable que en todas sus producciones permanece siempre á una distancia incommensurable de la idea, que solo el espíritu concibe y puede realizar: razon

por la cual, aun concediendo que pueda existir alguna belleza en los objetos naturales independientemente del espíritu, como algunos suponen, no concederé jamás que en ellos exista el *ideal*.

—Respetando, como siempre, la autorizada opinión del maestro, — dije con cierta afectada modestia, — creo que vives en un error grave. *El objeto exclusivo del arte es la belleza* y ésta existe en el mundo real independientemente del espíritu, que no hace mas que sentirla y copiarla.

—No estamos conformes, amigo mio. El arte, como la ciencia, tiene un sujeto, un objeto y un fin. El sujeto del arte es el espíritu activo y creador, la fuerza inteligente que se apodera de la Naturaleza y la reproduce transformándola. Su objeto es toda idea que puede expresarse en una forma sensible adecuada á la naturaleza misma del arte, y su fin es el ideal. ¿No es esta la verdad, padre mio?

—¡Tal vez! — contestó el anciano dejando asomar á sus lábios una indefinible sonrisa.

—Pues bien: el arte, como ves, contiene en su nocion lo bello y lo feo, lo sublime y lo cómico. La belleza no es su fin único y exclusivo, nó; y si quieres una prueba decisiva de esta verdad elemental, preguntate á ti mismo

si la *Margarita* la *Julieta* y la *Ofelia*, la *Eva* y el *Cristo*, por el mero hecho de ser infinitamente más bellos, son mas artísticos que el *Avaro* de Moliere, la *Lady Macbeth* del mismo y el *Vautrin* de Balzac.

—Te advierto, querida Sofia, que *todo afecto y toda idea artísticamente expresadas, son bellas por necesidad.*

--Estoy muy lejos de pensar así, amigo mio. La pasión y la idea no pierden su naturaleza esencial al pasar por el crisol del arte, por mas que se despojen de la escoria, propia de la realidad que las impurifica. La avaricia, la envidia, el odio y la ambición pueden idealizarse, y se idealizan siempre en la obra de arte; mas no por eso dejan de ser feas. Luzbel es la personificación del mal absoluto ¿dirás que es bello el tipo de Luzbel?

—No.

—Y sin embargo, es un ideal que el Espíritu ha creado y que el artista reproduce bajo mil formas diferentes. Luego, ni la belleza es el fin exclusivo del arte, ni el ideal, por el mero hecho de serlo, puede calificarse de bello. La guerra el incendio, las ruinas, la soledad y el desierto, todo es objeto del arte por que todo puede expresarse en una forma perfecta: pero... ¿es bella la desolación y la muer-

fecta; pero... ¿es bella la desolacion y la muerte? ¿Es bello el mal, sea cual fuere el modo de expresarle?

=Creo que no:— repliqué sin vacilar— Y sin embargo, admitido ese principio, la belleza será un algo indefinible, una cualidad que se siente, pero que no se comprende. ¿Es esta tu opinion?

=De ningun modo. El ideal, que es en mi concepto, el fin inmediato del arte, puede definirse del modo siguiente: *La expresion verdadera de la idea en una forma sensible*: pero observa bien que esta definicion comprende lo bello y lo feo á la vez.

=Y entonces... ¿de qué modo distinguiremos la belleza?

--Añadiendo á la anterior definicion un nuevo elemento que la determine.

--Y ese elemento...

=Es la nocion del Bien, que juzgo necesaria para distinguir cientificamente las dos opuestas manifestaciones del arte. En mi concepto, la belleza es *la expresion sensible y verdadera de la idea en armonia con el bien*, como lo feo ideal es esa misma expresion sensible y verdadera de la idea en armonia con el mal. Pero lo bello y lo feo que consideramos antitéticos, lejos de excluirse en la

obra de arte, como algunos afirman, coexisten y se armonizan sin perder por eso sus caracteres esenciales. *Hamlet y Fausto; el Cristo de los cien florines*, de Rembrant y la *Coronación de espinas*, de Van-Dyck, son modelos que pueden imitarse y que difícilmente se aventajarán.—Entre la belleza pura y lo sublime, la diferencia parece ser más bien *cuantitativa* que *esencial*; pero confieso ingenuamente que no he meditado lo bastante sobre este punto concreto, y no quiero aventurarme á formular una opinión definitiva. Diré, sin embargo; que el concepto de lo sublime supone una cierta *relacion* entre dos fuerzas completamente desiguales, la una externa (física ó moral) que se manifiesta revelando las terribles convulsiones de un ser superior, y la otra interna y puramente subjetiva, que percibe el fenómeno, siente su energía y lo admira.

—Pero lo sublime,—querida mía—dije copiando á Kant y á Gauckler—*supone una idea incomprendible que comunica al alma el vago sentimiento del infinito.*

—No puedo admitir esa opinión, amigo mío, porque los hechos la desmienten. Cuando Danton, exaltado por el amor divino que la patria y la libertad le inspiran, alza su voz atronadora en medio de una Asamblea esta

pefacta, y en nombre de la Francia revolucionaria lanza un grito de guerra á la Europa entera, Danton nos parece sublime porque adivinamos que en el fondo de su alma inmortal se agita el infinito.

— ¡Muy bien... muy bien!— Esclamó el anciano conmovido.

— ¿Y puede decirse con verdad,— continuó la joven estrechando una de mis manos,— puede decirse que aquel valor heroico, inspirado por un sentimiento profundo de la dignidad nacional, es incomprendible? ¡Harto le comprendemos todos, á pesar de la pequeñez de nuestras almas que, nos hace incapaces de imitarlo.

Estas últimas palabras, que sonaron en mis oídos como un sangriento apóstrofe, hicieron asomar una lágrima, no se si de placer ó de dolor, á los ojos de su padre.

— Lo sublime es tambien la expresion verdadera de la idea en una forma sensible— continuó— pero de tal modo manifestada, que el espectador siente su inferioridad ante la fuerza escepcional que á sus ojos se revela. Si esta idea está en armonia con el bien, lo sublime participa, en cierto modo, de la naturaleza de lo bello, y despierta en nosotros un sentimiento indefinible, mezcla confusa

de amor, de alegría y de admiración. Si se le opone y lo niega, entonces lo sublime es feo como Luzbel, y en vez de simpatía, nos produce tristeza, miedo y horror.

—Un tanto escolásticas me parecen tus distinciones! — dije mirándola de hito en hito.

—¿Si? Pues escucha. Arrastrado por el huracán, un pobre marinero acabada de hundirse en las aguas del Océano. Sus amigos, llenos de terror, le contemplaban desde la playa; pero nadie piensa en exponer su vida porque es imposible resistir el temporal. De repente un hombre medio desnudo se arroja al mar y lucha desesperado con las olas que amenazaban sepultarle para siempre en el abismo. Al fin hace un esfuerzo sobrehumano; llega cerca del naufrago, que va á sumergirse por última vez en las aguas, y asiéndole con fuerza por uno de los brazos, consigue arrastrarlo hasta la arena, ¿Es bella la acción?

—Indudablemente!...

—Pues bien: aquel hombre valeroso que se espuso à una muerte casi segura, sabia que el naufrago era su mas cruel enemigo. ¿Comprendes ahora como y *por qué* lo bello se transforma en sublime!

—Si lo comprendo!.. —contesté vivamente impresionado por el ejemplo.

—Imagina ahora un hecho análogo inspirado por el mal—continuó Sofia mirándome fijamente—El odio, la ambicion, la envidia y la avaricia han realizado más de una vez actos que suponen un valor sobrehumano. He ahí lo *sublime de lo feo*. Ambos ideales existen como elementos necesarios del arte: pero es indudable que difieren esencialmente, y que despiertan en el alma del espectador sentimientos opuestos. Shakspeare, Byron, Victor Hugo y Balzac nos presentan á cada instante esas figuras gigantescas; tigres con rostro humano que se lanzan sedientos de sangre en medio de la sociedad y son el azote de sus propios hermanos. ¿No es cierto, padre mio?

—¡Tal vez!—murmuró el anciano fijando los ojos en el cielo. Y despues, cual si saliera de una larga discusion consigo mismo,

—¡No cabe duda!—esclamó.—Bello es el episodio de *Francesca* y *Paolo de Rimini*: y sin embargo...

—Distingamos, padre mio—interrumpió la jóven vivamente.—La belleza y el bien no son idénticos; pero existe entre ambas ideas una relacion necesaria que es preciso respetar.

En el episodio que citas, es bello el amor ideal que funde en una sola las almas, puras hasta cierto punto, de *Francesca* y *Paolo*: bellísima es también la forma que el poeta supo darle: pero... ¿es bello el mal que les causó la muerte? Creo que no: y debo advertir, como circunstancia importantísima, que el lector ignora por completo, hasta que punto ha sido grave la falta cometida. ¿Y no podía suceder, padre mio, que *Francesca* y *Paolo de Rimini* hubiesen sido más desgraciados que criminales? En mi concepto, la belleza no es el resultado de una ida simple que el espectador puede percibir al primer golpe de vista, no: es un fenómeno complejo que muchos hombres perciben mal porque carecen de la instrucción necesaria para juzgar bien. Bella nos parece la amargura infinita que expresa el *Nazareno* de *Piombo*: bello es el dolor, ignorado de los mortales, que revela el *Cristo en la Cruz* de *Prudhon*: y sin embargo, yo creí que esa amargura y ese dolor nos parecían bellos en el rostro de *Jesús*, porque son para nosotros signos infalibles del amor, infinito también; que la humanidad le inspira. Pero esa amargura y ese dolor que admiramos en el Justo por antonomasia, nos parecerían feos si en ellos

lo pudiésemos descubrir las consecuencias de un crimen frustrado como un crimen consumado. — Tal vez... — Replicó el anciano sumiéndose de nuevo en su meditación. — El amor, querido Alberto — continuó la joven — como fuente inagotable de vida; como elemento primitivo del bien, nos parece divino hasta el punto de embellecerlo todo. El hombre que mata por ambición, por odio ó por envidia, es horrible; pero aquel que mata llevando en sus ojos las lágrimas del amor, nos arranca siempre una mirada compasiva porque algo bueno descubrimos en él. Y estas profundas contradicciones que se revelan à cada instante en el Espíritu como en la Naturaleza, han inspirado las mas perfectas obras del arte antiguo y moderno. Dante y Shakspeare, Milton y Byron, Goethe y Balzac, Miguel Angel y Rembrant son los génius de la oposicion y del contraste; artistas consumados que han penetrado en las oscuras profundidades del alma humana, y han visto que la lucha y la contradicción existen necesariamente en el drama sublime de la vida.

— Y bien — exclamé despues de algunos instantes de silencio — Convengamos en que la belleza no es el fin exclusiva del arte: con-

alillas, entreabiertos los labios y despidiendo sus
hojos rayos de luz! — La Naturaleza, amigo mío — dijo apo-
yándose en el brazo del anciano — no es bella
en sí misma, como algunos suponen. El espíri-
tu, que al contemplarla le presta sus ideas,
sus afectos, sus pasiones, su unidad y sus ten-
dencias, le comunica, sin saberlo, la vida, el
sentimiento y la expresión que nos conmue-
ven. Suprime, si es posible, al *mágico prodigi-
oso* que nos hace ver el *candor* y la *alegría*
en las serenas alboradas de Mayo, la *tristeza*
en las tardes del otoño, el *dolor* en el inmier-
no, un poema de dulces *melancolías* en el li-
vrio tronchado por el cierzo, una *tierna despé-
dida* en cada puesta del sol, la *cólera* en la
tempestad, *inocencia* en las flores, *llanto* en
las mañanas del Estio, *amor* por todas partes, y
la belleza natural será imposible. ¿No es cier-
to, padre, que tienen para ti estos valles un
misterioso encanto que no tenían cuando eras
niño? Allí, bajo la sombra protectora del ce-
rezo acariciaste un día la mano de mi madre,
y ese dulce recuerdo que hace vibrar todas las
fibras de tu alma, presta á los objetos que lo
evocan una expresión que nadie puede encon-
trarles. En cuanto al elemento material ó sen-
sible, su dependencia es todavía mayor. Sin la

transformadora actividad del espíritu, ni hay luz, ni sonido, ni líneas, porque la Naturaleza, considerada en sí misma, es como un hermoso tapiz vuelto del revés. Y por último, Alberto: para el animal, que solo posee un entendimiento limitado y sensible, la belleza no existe: para el joven de escasa instrucción, se confunde casi siempre con lo agradable, lo suntuoso y lo exacto. Solo el hombre que ha recibido una educación suficiente, es capaz de percibirla bajo todas sus formas; circunstancia importantísima que nos revela hasta que punto el sentimiento estético depende del desarrollo intelectual, y hasta que punto también el espíritu es activo en la producción de la belleza externa.

—Segun eso—exclame un tanto sorprendido—los objetos no son bellos en sí mismos; y esa propiedad que les atribuimos, nos pertenece exclusivamente.

—Poco á poco—interrumpió Sofia sonriendo.—En mi concepto, ni la belleza es una pura creación del sujeto, ni tampoco existe realmente en las cosas: es una ilusión de nuestro espíritu que se produce necesariamente al encontrarnos en presencia de un objeto que reúne ciertas y determinadas condiciones: pe-

ro este objeto y estas condiciones indispensables, que no constituyen la belleza por sí solas, son objetivas, y como tales independientes de nuestro modo de sentir y de pensar. La belleza es un resultado, una armonía entre la forma y la idea: pero esta última pertenece al espíritu; mejor dicho, es el espíritu mismo considerado en una de sus infinitas determinaciones; por consiguiente, inútil será buscarla en la Naturaleza. En cuanto à la forma de los objetos, nada quiero decirte, amigo mío; examínalos tú mismo à través del microscopio.

—¿Y qué puede decirme el microscopio respecto à la realidad de las formas sensibles?

—Una cosa bien sencilla por cierto. Te dirá que nuestro espíritu jamás percibe los objetos como son realmente, sino como él mismo se los imagina en virtud de sus propias leyes. Examina la delicada piel de tus manos con ese instrumento, y me dirás despues si la encuentras tan sonrosada, tan suave, y tan tersa como parece.

—¿Luego el espíritu nos engaña!...—Exclamé mirándola con sorpresa.

—Indudablemente: como nos engaña el

artista que hace un retrato corrigiendo y perfeccionando el original. Considerada en sí misma, la Naturaleza es un mal modelo de hacer *crochè*. Las figuras están en él indicadas, es cierto; pero faltan líneas perfectas, color, unidad; y estas cualidades, indispensables para que la belleza exista, se las damos nosotros mismos en el acto de la percepción. Como la esencia propia del espíritu es la *idealidad*, nada puede recibir en su seno sin transformarlo convirtiéndolo en idea; de donde deduce que la Naturaleza, á pesar de su aparente perfección, es un inmenso *boceto* que el espíritu convierte en *cuadro* someténdolo á las leyes de la inteligencia. Esto me parece claro.

—¡Clarísimo, es verdad!. Y sin embargo, me confieso incapaz de repetir en el acto lo mismo que acabas de decir. La parte que al espíritu le concedes en la producción de la belleza, me parece exorbitante: hablas, y quedo convencido; pero cuando quiero darme cuenta de los principios y de los hechos en que he de apoyarme para sostener mis nuevas ideas, todo me parece confuso, incompleto, arbitrario; y así como el pagano recién convencido volvía á cada instante los ojos hácia el ídolo, mi razón trastornada, vuelve también

con mas fuerza á las viejas convicciones. Para ti, por ejemplo, es evidente que la belleza tiene una cierta relacion necesaria con el bien: yo, por mi parte, nada puedo oponer á tus razonamientos, que me imponen silencio; pero juzgo tan inadmisibile el principio, que no vacilo en calificarlo de absurdo.

—Y sin embargo...—replicó la jóven castigando con una indulgente sonrisa la grosse-ria de mi última frase—si la belleza es, como dijo Platon, *el esplendor de la verdad*, preciso será aceptar estas dos consecuencias lógicas que de la definicion se desprenden: primera, que la belleza no es la verdad misma, sino su *esplendor*, su *manifestacion* ó su *imágen*; lo cual nos obliga á reconocer que la *forma sensible* es un elemento indispensable de lo bello: segunda, que la belleza supone siempre la verdad como condicion necesaria, aunque de ella se distinga; pero como lo *malo* y lo *falso* son idénticos en esta esfera superior del conocimiento, es evidente que la belleza no puede estar nunca en armonia con el mal.

—No estamos conformes — exclamé un tanto escitado por el vicio que creí descubrir en el razonamiento.—Yo admito el principio de Platon, pero niego las consecuencias, porque no es cierto, como tu afirmas, que lo malo y

lo falso sean idénticos. He aquí un hombre jorobado, ignorante y vicioso. Este individuo es feo y malo: ¿puede decirse que no es verdad?

—Sí, amigo mío, si Platon lo dice, y yo también. Ese individuo es falso porque no está en armonía con la *idea pura del hombre*, que excluye radicalmente todas esas imperfecciones accidentales: pero aunque es falso en este sentido, no por eso deja de ser *exacta tu representacion*. El jorobado ignorante y vicioso, existe realmente, pero... ¿es ese el tipo, lo que Platon llama *verdad ó idea* del ser humano? De ningún modo. La *verdad* es la *idea pura*, lo que *debe ser*; no lo que la imperfecta realidad puede ofrecernos. Esto es claro como la luz, y me sorprende que abrigues la más ligera duda sobre este punto.

—¿De veras?— Pregunté ardiendo en deseos de abrazarla.—Pues yo confieso ingenuamente que después de haberte oído, no sé si admiro más que tu talento, tu prodigiosa bondad!..

—La noche avanza, mi querido Alberto, dijo el anciano sonriendo—El camino es malo y no debemos sacrificarle al placer que nos proporciona tu compañía. ¿Vendrás mañana?

—Si en aquel instante me hubiesen anunciado la muerte de mi madre, confieso que me habria afectado menos que esta brusca interrupcion. Deseaba verme solo con Sofia un minuto, nada mas que un minuto para decirle *te amo!* y huir despues: pero esto no era posible ya y...

—Vendré!—Respondí aparentando la más completa tranquilidad.—Hasta mañana.

—Buenas noches, Alberto.—Contestaron á una voz.

Algunos momentos más tarde, hallábame solo en medio del camino que conduce á la ciudad. ¡Que espantosa revolucion se habia verificado en todo mi ser!

—¿Porqué—me preguntaba á mi mismo—porqué la hermosura de su alma ha permanecido tantos años oculta para mí?

Y despues... recordando minuciosamente la serie de rápidas impresiones que habian agitado mi corazon durante aquellas horas de inefable placer.

—Si...—exclamaba con la más firme resolucion.—Les diré por escrito lo que siento... y si me juzgan digno, seré feliz... feliz, como solo puede serlo un hombre que se despoja para siempre del yugo enojoso de los sentidos.

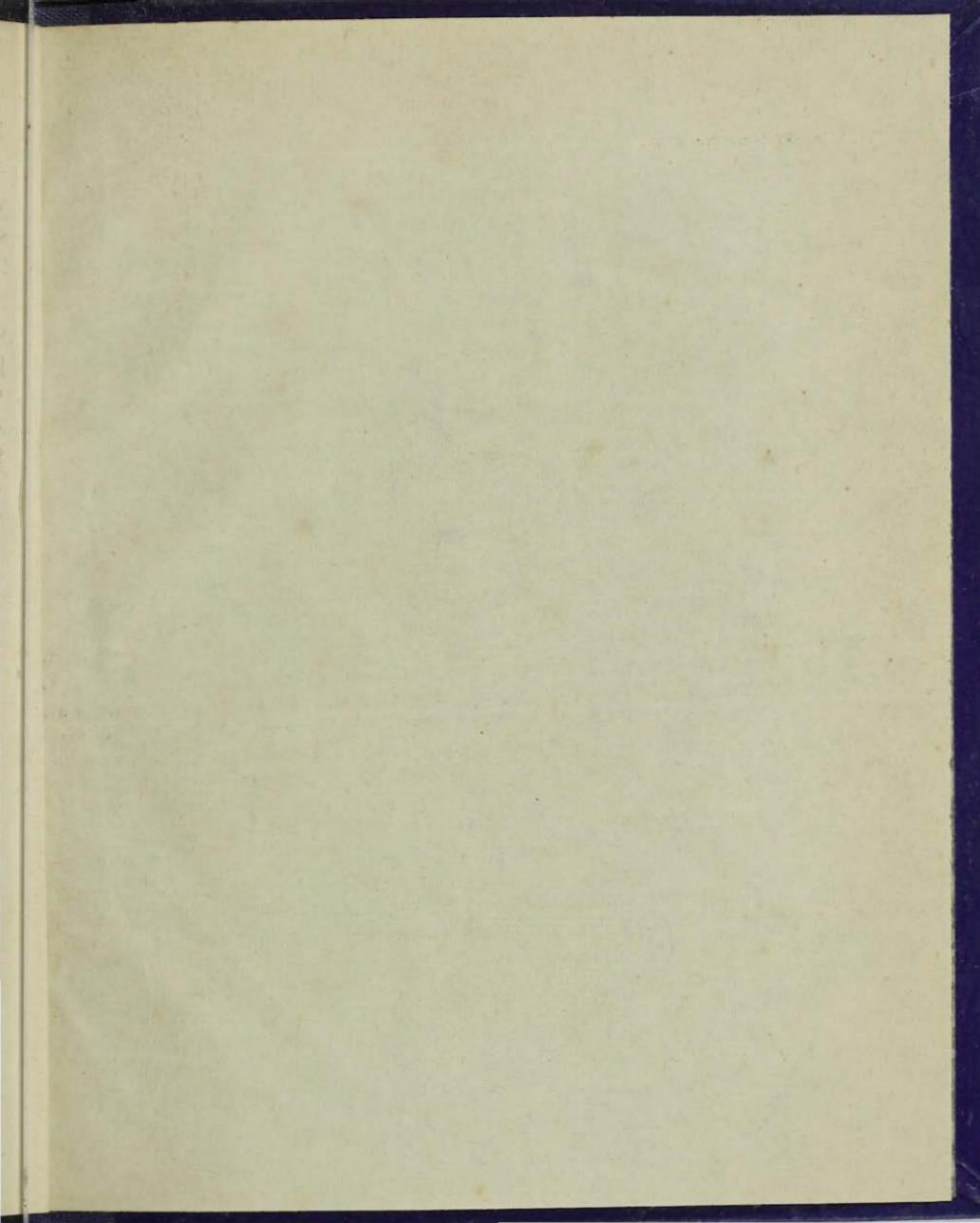
y sabe encontrar en el amor de un ángel las soñadas delicias del Edem!

Algunos años despues... era, si mal no recuerdo, el 14 de Agosto de 1858: sentada al pié de un hermoso manzano cuyas ramas se doblaban en forma de arco bajo el peso de su abundante fruto, Sofia bordaba con esquisito gusto la primera camisa formal que debia inutilizar en tres dias el más pequenuelo de sus hijos. Yo, á su lado, contemplaba con verdadero placer aquella locura del amor maternal, y el venerable anciano, feliz en su retiro, pasaba las horas arrojando por el suelo una manzana que el mayor de sus nietos le devolvía en medio de esas francas y estrepitosas carcajadas, propias de los niños y de los hombres poco acostumbrados á dominarse.

Hoy, lector á pesar de mis sesenta años, inestinguible como el fuego sagrado de las Vestales, llevo en el pecho la llama de mi primer amor. La edad y la experiencia de la vida conyugal me han hecho comprender hasta que punto las cualidades morales superan á las físicas, y con frecuencia repito la pretendida *paradoja* del anciano. «La belleza del cuerpo desaparece como un relámpago en la inmensidad del espacio sin dejar un recuerdo si-

quiera de su existencia; pero la belleza del alma no parece nunca porque es eterna como Dios.» Durante tantos años, solo una vez he derramado lágrimas de tristeza pero cayeron todas silenciosas y tranquilas sobre un cadáver. Murio el anciano en la plenitud de sus dias, como dice el poeta bíblico; y todas las tardes, Sofia, mis hijos y yo visitamos el modesto sepulcro que nuestro cariño ha levantado à su memoria en el cementerio de la inmediata parroquia de M...

FIN



TRIQUE

